

No; no son los libros de Upton Sinclair ni las doctrinas americanistas de Waldo Frank lo que puede darnos una noción de la justicia yanqui. ¿Por qué exacerbarse contra Hearst y sus periódicos, ni contra los mil papeles de escándalo «ilustrado» que circulan en los Estados Unidos, derivándose semanalmente en «magazines» bajo la impresión que los franceses son sucios, tienen barbita y explotan al turista con genuflexiones; los italianos o émulos de Capone o banqueros fallidos; los españoles... los de España, pintorescos, con sombrero de queso y cascabeles; los de América, algo así más que un negro y menos que un chino?

Al fin una raza tan selecta como la formada por sucesivas capas etnológicas de judíos holandeses y de escandinavos errantes, una raza cuyo refinamiento es proverbial y que fabricando cosas en grandes cantidades gana guerras y fabricando «doctrinas» de Monroe y tarifas se está captando la admiración y la simpatía del mundo entero, un país cuyas autoridades de inmigración son tan inteligentes y tan estrictas para convertir su soberbio aislamiento en un archipiélago de prejuicios, un país tan moral, tan intelectual, tan incomparable, tan país él mismo, debía de tener un órgano de publicidad excepcional, un extra-órgano, una masa de papel impreso, de rotograbado, de suplementos, de gráficos de bolsa, de deportes, de higiene, de cine, de teosofía: el super-periódico a veintenas de secciones, con quince editoriales para tratar de lo divino y de lo humano y «corresponsales», en las cinco partes del mundo. Desde Malbourne hasta el Yukon, desde el cabo de Buena Esperanza hasta Arkangel, estos corresponsales envían su noticia en el estilo convencional, impersonal, casuístico. En el estilo «standard» de «parece ser»... «aunque hay razones para suponer»; y a vuelta de frases ambiguas, con el texto, al estirarlo, el redactor de guardia lo conforma, lo normaliza y lo endereza respecto de las «instrucciones» que para esa semana haya recibido del redactor en jefe:

—Esta semana empuje a Mussolini.

—Negociamos con Rusia; afloje el tono respecto de los *soviets*.

—No suavice más a Leguía... La junta se tiene fuerte. Washington quiere oír.

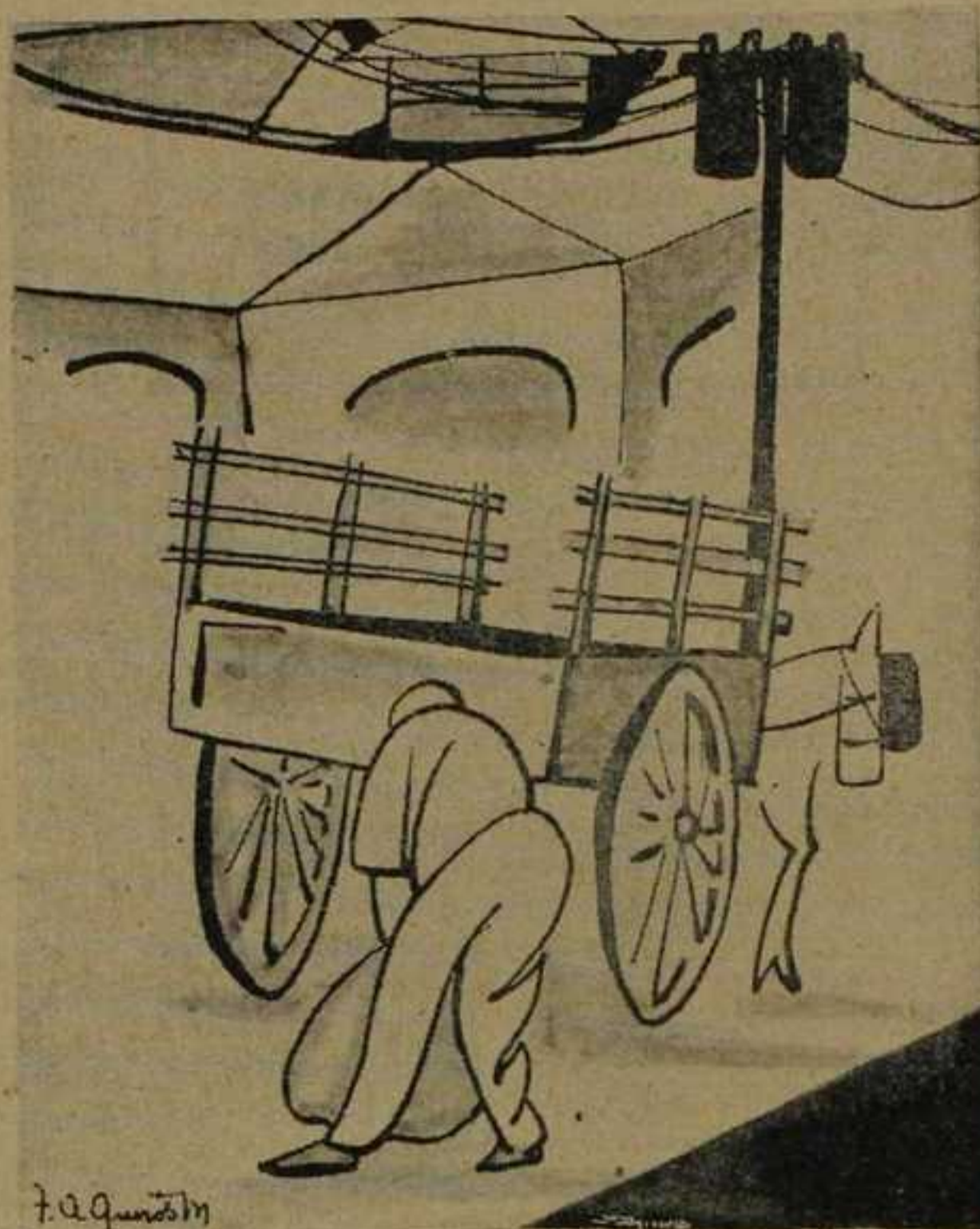
—Cuidado con la del Brasil. Ni sí ni no.

Y así sucesivamente. «And so on»... Es decir, ese periódico y esos periódicos todos, hasta los que aparecen adversarios como el *World*, no tienen una vía recta, una idea básica... Se deben al público que avisa y compra ejemplares como una modista de estación o un saltimbanqui de «vaudeville». Son admirables de impresión, de expresión, de grabados. A veces tienen un grupo de escritores célebres con relativa libertad, como el *New York American* que «ha hecho» la opi-

Cartas Hiperbóreas

Time is money

— Envío del autor —



F. Quirós

Por F. Quirós

nión referente a México a causa de la personal opinión del propietario, interesado en negocios allí...

Bajo su circunspección aparente es el *Times* el diario más marrullero, más insidioso y más «chauvinista»; y su grandeza material está en proporción inversa con su insignificancia moral. Se le compra como un excelente anuario, como un suplemento informativo de primer orden en ciertos sectores. Su ideología conservadora, pacata, podada, lenta en decidir sobre los grandes problemas que afligen al pueblo americano y al mundo es pasto tan sólo para ese porcentaje de ricos retirados, de rentistas, de burócratas con descanso dominical (sunday-issue) o extranjeros de hotel... El otro público, el comercial, pues naturalmente, allí lee aquello de «All the News That's Fit to Print.»

Paul Morand, esa forma de la industria francesa en salsa de calamar, nos relata su visita al gran rotativo en una forma melancólica, algo envidiosa en su volumen *New York*, página descriptiva no de lo que un francés puede ver en la metrópoli del Hudson, sino lo que un escritor de sus actividades debe decir respecto de una ciudad en la que le interesa hacerse lectores.

Toda esta reflexión viene de la lectura de este simple «entrefilete»:

«Venezuela teme revuelta.—Se exige a Capitanes de tanques vigilar a contrabandistas de armas.—Curazao, octubre 3. Desde los abortados ataques del año pasado en Cumaná, Coro y Curazao, los diversos grupos revolucionarios se han mantenido quietos, y si se exceptúan los

disturbios en algunas regiones del país no ha habido últimamente abierta oposición al Gobierno. Sin embargo, de acuerdo con informaciones de buena fuente, detrás de esta situación de «ninguna novedad», existe una señalada actividad de parte de los revolucionarios.

«La clave de tal situación está aún en el oeste de la república. Quien tenga a Maracaibo tiene a Venezuela, pues los campos petrolíferos determinan los nueve décimos de la renta pública y con esta fuente de ingreso tomada, el Gobierno de Caracas, la capital, quedaría en una situación apretada.

«Ultimamente las sospechas del Gobierno se han fijado en el gran número de pequeñas embarcaciones de pesca o de comercio que navegan por las costas del lago de Maracaibo y por el golfo, aventurándose hasta Curazao y los puertos colombianos. Se sospecha que muchas de estas embarcaciones introducen al país grandes cantidades de armas y de municiones para los revolucionarios.»

Con un conocimiento de causa que es indiscutible en tal asunto puede afirmarse que eso es un tejidillo insidioso, que nadie—ni dentro ni fuera del país—pensó jamás en meter armas vía Maracaibo o el litoral del Golfo; que por razones obvias de estratégica militar o política eso no puede ocurrírsele sino a un corresponsal yanqui cuya geografía y generales conocimientos a veces no pasan de un concepto relativo de distancia y nomenclatura del condado de Texas o de North-Dakota donde «se educó»...

Hasta allí su informe de «barquitos pescadores» transportando fusiles y cartuchos para los «revolutionists» del Zulia. De Curazao es estúpido afirmar—después del susto que les dió Urbina—que salgan contrabandos de armas para el golfo zuliano; de Colombia... Nuestra vecina ha observado anteriormente, respecto de los hechos, ya no una neutralidad severa, sino que le hacía la policía al Gobierno de Venezuela, costándole ello dinero y disgustos. De los godos de la frontera, si es que tienen armas, no es ahora que les van a vender.

De modo que toda esta historia huele, apesta a petróleo. Desde el título, que es obra del *Times* en sus cuarteles generales inspirados por teléfono. Bueno, dírase ¿pero a qué toda esta requisitoria por una noticia más o menos emanada de una fuente tan caprichosa y extravagante como la de las «corresponsalías» del *Times*?

El subtítulo es el eje de ésta al parecer inocente información: «Tankers Captains asked to watch for Arms Smugglers.» Los capitanes de «tanques» (barcos que transportan el petróleo crudo a refinar en la vecina, Antilla de Curazao), tienen instrucciones de vigilar a los contrabandistas de armas.»

¿De cuando acá los yanquis que trans-